

SERES QUE VIVEN EN LA ESPERANZA

Antonio Sánchez Orantos



Simone Weil, comentando el Padrenuestro, ha dejado este escrito:

Padre nuestro, el que está en los cielos. Es nuestro Padre; nada real hay en nosotros que no proceda de Él. Somos suyos. Nos ama puesto que se ama y nosotros le pertenecemos. Pero es el Padre que está en los cielos, no en otra parte; si creemos tener un padre en este mundo, no es Él sino un falso Dios. No podemos dar un solo paso hacia Él; no se camina verticalmente. Podemos solo dirigir hacia Él nuestra mirada. No hay que buscarle, basta con cambiar la orientación de la mirada; a Él es a quien corresponde buscarnos.

Es decir, se trata de estar muy atentos a la revelación de Dios en nuestra vida, sin querer buscarlo: cuando dejamos de buscar y comenzamos a esperar, en vigilante espera, Dios acontece en nuestras vidas como verdadero Dios. A Dios no se le busca, se le espera. Si lo busco, Dios corre el riesgo de convertirse en un objeto más de mis proyectos, en una proyección de mi yo deseante que busca poseer aquello que desea. Porque Dios no es ni puede ser un algo que completa mi yo; sino un Alguien que me desnuda para transfigurar mi propio ser hasta hacerme participe de su propio amor.

Dios tiene que ser más sorprendente que el objeto que cualquier proyecto humano pueda configurar para que merezca el nombre de Dios. Recordemos que los hombres y mujeres de Dios, nuestros grandes sabios, hablan siempre de la necesidad de

desasimiento del yo, noche de potencias, para ser alcanzados - subrayamos, no para alcanzar, sino para ser alcanzados - por Dios.

Y volvamos a leer a Simone Weil:

Sea santificado tu nombre. Solo Dios tiene el poder de nombrarse a sí mismo. Su nombre no puede ser pronunciado por labios humanos... El nombre de un ser cualquiera es un elemento mediador entre el espíritu humano y ese ser, la única vía por la cual el espíritu humano puede aprehender algo de él cuando está ausente. Dios está ausente; está en los cielos. Su nombre es la única posibilidad para el hombre de acceder a Él. Así pues, es el Mediador. El hombre tiene acceso a ese nombre, aunque sea trascendente. Brilla en la belleza y el orden del mundo y en la luz interior del alma humana. Ese nombre es la santidad misma; no hay santidad fuera de él; no necesita, pues, que se le santifique. Al pedir su santificación, pedimos lo que es eternamente con una plenitud de realidad a la que no está en nuestro poder añadir o sustraer ni tan siquiera una parte infinitamente pequeña. Pedir lo que es, lo que realmente es, infalible y eternamente, de manera totalmente independiente de nuestra petición, es la petición perfecta. No podemos dejar de desear, somos deseo; pero si lo volcamos íntegramente en nuestra petición, podemos transformar ese deseo que nos clava a lo imaginario, al tiempo, al egoísmo, en una palanca que nos permita pasar de lo imaginario a lo real, del tiempo a la eternidad, más allá de la prisión del yo.

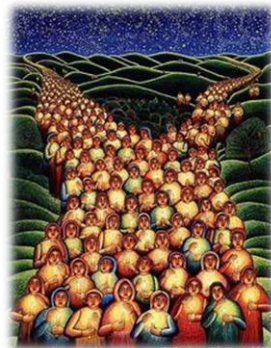
La esperanza solo es posible en la paciencia que exige el verdadero amor. Porque la paciencia del amor sabe esperar con esperanza.

Ahora con santa Teresa:

*Pero no hay amor fino sin la paciencia.
Confianza y fe viva mantenga el alma,
que quien cree y espera. Todo lo alcanza.*

Creer, esperar y amar los tres verbos que, convertidos en virtudes, en hábitos vitales, en predisposiciones para actuar posibilitarán siempre la fidelidad vocacional.

Pero el creer, el esperar y el amar, no lo olvidemos, no remiten a ninguna seguridad. Por eso, es posible que la vida humana, muchas veces deseosa de seguridad, caiga en la desesperanza.



La gran enemiga de la esperanza, porque es también la gran enemiga de la fe, de la confianza, es la tentación de la seguridad. La predicación de Jesús la denomina, como es sabido, la tentación de la riqueza. Y, por eso, su gran discurso: solo el pobre, el que llora, el que tiene hambre y sed de más, y vive esta experiencia con misericordia, con corazón limpio y con paz es bienaventurado, ha abierto su vida a la verdad que anuncia el reino de Dios. Qué bello es leer el discurso de las bienaventuranzas desde la experiencia de la conciencia que se sabe desventurada por su «deseo de más» y se dispone, por eso, a luchar con fuerza inquebrantable contra todo mal, con paz, con ternura, obedeciendo y escuchando, discerniendo, dialogando, amando al prójimo a quien ve sin más razón que la gratuidad que ha experimentado, que ha sabido saborear.

Porque la inseguridad de una existencia, la humana, en cuanto traspasada por el Infinito y, por eso, siempre es conciencia de

desventura, insatisfecha, no excluye la confianza en Dios y en su bondad. Al contrario. La verdadera confianza, la verdadera certeza solo puede surgir en el interior de esta desventura, en el interior de esta inseguridad. Asumir la promesa de Dios, asumir que su alianza es inquebrantable, siempre tendrá que significar para la fe no tener nada más que asumir.

Porque la esperanza necesariamente nos tiene que descentrar de nuestro yo y abrirnos al íntimo diálogo con el verdadero Dios por quien somos alcanzados. Y, por eso, siempre mostrará todos nuestros logros como insuficientes, *conciencias desventuradas*, evitando así nuestra soberbia, el encorvamiento sobre nosotros mismos, el encerramiento en nuestra finitud. La esperanza es así: o es pura o no existe. Y si es pura, nos tiene siempre que enseñar y llevar a la plenitud de nuestra existencia, que no son nuestros finitos logros, sino el amor de Dios que se manifiesta en su entrañable misericordia.

PARA LA PUESTA EN COMÚN – ORACIÓN

Después de compartir lo que nos sugiere el documento, escribimos en cada etiqueta el nombre de alguien que nos inspire para vivir en esperanza y la pegamos en cada vela.

(En la puesta en común-oración, las encendemos y las vamos nombrando)